

CARA Y CRUZ DE UNA ENTELEQUIA LINGÜÍSTICA

DE un tiempo a esta parte se observa el nacimiento de un marcado interés de la opinión pública internacional hacia el tema de las llamadas **empresas multinacionales**. ¿Qué son realmente? ¿Cómo operan? ¿Dónde se encuentran sus centros decisivos? ¿De dónde vienen y a dónde van? El tema ha saltado a la calle y exige nuestra más profunda atención, porque las llamadas empresas multinacionales representan un fenómeno absolutamente inédito y de consecuencias incalculables en la vida económica, social y política de nuestro tiempo.

El tema está aquí entre nosotros, y el primer paso a dar consiste en la desmitificación del lenguaje. No, no hay empresas multinacionales. El término multinacional es un eufemismo, un adjetivo ambiguo que juega con las más nobles resonancias del espíritu de una época en que los grandes medios de transporte y comunicación han reducido las distancias físicas y psicológicas entre los hombres, al tiempo que tiene un claro regusto evocador, como ha señalado J. Thackeray, de una majestad corporativa e imperial (1). Pero si el adjetivo multinacional es totalmente inexacto para calificar a una determinada clase de empresas, se ciñe, sin embargo, perfectamente a un modo típico de actuación que trasciende las fronteras políticas de un Estado, y sólo en ese sentido cabe hablar propiamente de empresas multinacionales. La empresa multinacional es, por consiguiente, una empresa de gran tamaño que opera a nivel internacional mediante la creación de subsidiarias o filiales en los países en que desarrolla actividades económicas. Estas subsidiarias disfrutan de un grado más o menos elevado de autonomía, pero lo importante es subrayar que su

actuación se encuentra totalmente subordinada a las directrices establecidas por la casa central. Dirección y control se hallan, pues, perfectamente centralizados. Ello es lo que distingue a este tipo de compañías de las grandes empresas internacionales de la antigüedad.

«La compañía multinacional establece instrumentos de producción alrededor del mundo para servir los mercados en la forma más racional, sin tener en cuenta las fronteras nacionales» (2). Esta definición, aparentemente aséptica, formulada por los apologistas del sistema, podría hacernos concebir ilusiones acerca de una realidad cuyo significado, no obstante, es muy otro. Una primera impresión es la de que la empresa multinacional ha superado nacionalismos arcaicos, que la economía está a punto de realizar el viejo sueño de la Humanidad de un mundo unido, sin fronteras. Mas ésta es una falsa apariencia. La verdad es muy distinta. La empresa multinacional significa un nuevo método de actuación del capitalismo, que le permite continuar usufructuando privilegios radicalmente injustos.

Otro de los grandes tópicos que circulan como moneda auténtica consiste en identificar empresa multinacional y empresa norteamericana. Bien es cierto que la mayoría de las empresas multinacionales poseen esta nacionalidad, pero no olvidemos que la participación norteamericana en el total de inversiones directas de carácter internacional no era superior a fines de la década de los sesenta a un 60 por 100, y debido a las restricciones monetarias impuestas por el Gobierno de los Estados Unidos en estos últimos tiempos, este porcentaje está descendiendo grandemente en la actualidad.

La empresa multinacional es,

por tanto, un gigantesco organismo que se distingue en última instancia por disponer de un sistema de planificación y control perfectamente centralizado. Su fuerza viene representada por el gran capital de que dispone y los inmensos beneficios que detrae de sus actividades. El total de las ventas realizadas por algunas de las mayores empresas multinacionales del mundo llega a superar el producto nacional bruto de gran número de países. Al propio tiempo, una perfecta centralización de sus actividades y un sabio manejo de las subsidiarias o filiales le permite modificar a su antojo las balanzas de pagos de las naciones en que opera (3).

Existen múltiples razones de esta proliferación de compañías multinacionales, aparte de la ya genérica mencionada del progreso en las comunicaciones y sistemas de transporte. Un análisis somero de la cuestión nos indicaría: la existencia de un mercado propio oligopolístico, la necesidad de hallar nuevos mercados para mantener un nivel de producción elevado, mayores facilidades de orden fiscal, ausencia de «problemas» laborales, mano de obra barata, materias primas abundantes, un sistema de cobertura arancelaria fuerte... Sin embargo, la razón primordial continúa siendo la obtención de los mayores beneficios que aseguren un crecimiento rápido e ininterrumpido.

¿Significan realmente una amenaza política grave para los países pequeños o subdesarrollados las empresas multinacionales? (4). Afirmamos antes el falso carácter multinacional de las así denominadas, pero también debemos denunciar su falta de auténtico nacionalismo. Se equivocarían los que creyeran que las grandes compañías cuyos intereses trascienden las fronteras nacionales, atienden entusiásticamente

las directrices políticas de su propia nación. Una frase de Max Gloor, director de la empresa Nestlé Alimentaria, ilustrará gráficamente al respecto: «No se nos puede considerar ni como puramente suizos ni como puramente multinacionales; esto es, como pertenecientes al mundo en general, si es que existe tal cosa. Somos probablemente una cosa intermedia, una raza aparte. En una palabra, tenemos la ciudadanía particular de Nestlé» (5).

Las compañías multinacionales, pues, se consideran a sí mismas como plenamente independientes y desvinculadas de toda atadura política que frene su desarrollo. Prueba de ello es que en opinión de Gerstacker, presidente de la Dow Chemical Company, estas grandes empresas tenderán en un futuro más o menos próximo a convertirse en compañías «nacionales», es decir, «compañías sin ninguna nacionalidad, que pertenezcan a todas las nacionalidades» (6). Opinión corroborada por las palabras de Kenyon Jones, presidente de la filial británica de la Ronson norteamericana: «El (ejecutivo) tiene que dejar a un lado cualquier actitud nacionalista y tener en cuenta que en última instancia debe lealtad a los accionistas de la sociedad matriz, teniendo que proteger los intereses de éstos, aunque parezca que quizá no coincidan con el interés nacional del país en el que opera. Pueden surgir conflictos aparentes en asuntos tales como la transferencia de fondos en periodos de crisis nacional, transferencia de operaciones de exportación» (7).

Todo ello nos permite dibujar el esquema de actuación de las llamadas compañías multinacionales, y que responde a los más puros principios del capitalismo, al cual, como ha denunciado J. Cambre con referencia a las empresas norteamericanas, comienzan a pesarle en demasía las ataduras impuestas por la legislación de su país. Hay en este punto una clara manifestación de las particulares contradicciones del sistema, por cuanto la gran com-

(3) *Es de subrayar la extraordinaria importancia que tienen las transferencias internas de las empresas multinacionales para las balanzas de pagos de los países en que operan, importancia calificada de vital para las de Gran Bretaña y Estados Unidos, como ha señalado Tugendhat.*

(4) *Juzgue el lector teniendo en cuenta que una elevada proporción del comercio mundial se halla en manos de estas empresas y que basta un acuerdo entre unas pocas para destruir cualquier política nacional en lo que se refiere al cambio exterior, la balanza de pagos y la disponibilidad de crédito.*

(5) Christopher Tugendhat: "Las empresas multinacionales".

(6) Michael C. Jensen: "Nationals; worldwide companies outgrow nations". «The New York Times» (13-11-72). Del libro de J. Cambre, *ibidem*.

(7) Rex Winsbury: "The shape of America's challenge". «Management Today» (Febrero 1967). Del libro de Ch. Tugendhat, *ibidem*.

(1) J. Cambre: "Nuevo poder del capitalismo: conglomerados y empresas multinacionales".

(2) "Nationalism sets boundaries for multinational giants". «Business Week» (14-VI-59), citado por J. Cambre, *ibidem*.

pañía norteamericana ha saltado «el charco» impulsada y bendecida por su propio Gobierno, que así disponía de ventajas económicas inmediatas al mismo tiempo que le hacía posible desarrollar su política exterior; es decir, la gran corporación industrial o comercial ponía en práctica no sólo actividades de índole económica, sino de carácter sustancialmente político (el caso de ITT en Chile o de la United Fruit en otros países sudamericanos resulta sumamente expresivo).

El esquema típico de actividad multinacional responde a una serie de principios muy sencillos, aunque su puesta en práctica encierra grandes problemas de carácter técnico. Sus líneas maestras son las siguientes: detección de un país que responda a las condiciones «mínimas» establecidas como esenciales, envío de un alto ejecutivo encargado de organizar la nueva subsidiaria o filial, dotado de amplios poderes, que inicia la recluta del personal indígena que, andando el tiempo, constituirá el equipo de dirigentes. Unos salarios elevados y fuertes primas constituyen el incentivo suficiente para atraerse a los nuevos «capataces» y asegurar una fidelidad corporativa «ad nauseam». La contratación posterior de las clases de tropa y de los peones de brega, cuyo salario bajo está asegurado por la desproporción existente entre la oferta y la demanda laborales «in situ», representan el comienzo de las primeras actividades de la nueva y flamante subsidiaria. En un primer estadio, las relaciones humanas de la empresa son excelentes. Lo mismo cabe decir de sus relaciones exteriores. Ausencia de toda manifestación jerárquica, comportamiento cívico irreprochable, la empresa multinacional es una bendición del Cielo. Pero pronto el desarrollo lógico de sus actividades, la constitución de fábricas y dependencias, la recluta posterior, inician el deterioro progresivo de las relaciones internas y externas. Pero ello no tiene ya la menor importancia, porque las nuevas compañías se han consolidado y los hombres no son necesarios más que en la medida en que constituyen unas insignificantes piezas de un inmenso tablero de ajedrez. La existencia de una demanda de trabajo superior a la oferta y la falta de una legislación laboral digna de este nombre completan el cuadro. No importa cuáles sean los beneficios obtenidos por la subsidiaria, porque ésta es únicamente una pieza más de un vasto engranaje. Cualquier **recesión**

económica que afecte a la casa matriz se refleja en los salarios de la filial, y en el número de puestos de trabajo, y en los horarios laborales efectivos, y...

Este es el esquema tipo de actuación. Si buscamos antecedentes de semejante estado de cosas, podemos hallarlos, cosa curiosa, en la dominación otomana y su esquema de gobierno de los territorios sujetos a su férula, esquema, de otra parte, como ha señalado Arnold J. Toynbee, común a todos los pueblos nómadas: el pastor, los perros guardianes y el rebaño. Los perros deben estar bien alimentados para que ejerzan su oficio con prontitud y eficacia; en caso contrario, diezmarían el rebaño y destruirían al propio pastor. A fin de cuentas, la compañía multinacional es una entidad nómada, por lo que no tiene nada de extraño que realice supuestos de actuación esencialmente representativos de un concepto transhumante de la vida.

Toda compañía multinacional es fundamentalmente una aventura de la que pueden extraerse sustanciales beneficios. Claro está que el riesgo en ocasiones es muy alto. Pero, ya se sabe, el riesgo suele ir codo con codo con el beneficio, así las operaciones multinacionales en países sujetos a sistemas políticos que disfrutan de un equilibrio inestable (8). Entonces, la compañía multinacional opera a corto y medio plazos y su actividad es semejante a la «razzia», que esquilma el mercado violentamente para no tener que afrontar situaciones políticas que den al traste con sus jugosos beneficios. Una inversión fácilmente recuperable, algún que otro edificio pobretón y destartado y retazos tecnológicos parciales y obsoletos son los restos de una actividad que no tuvo otro objeto que arramblar con unas tajadas jugosas aprovechando una situación política claramente contraria a los más elementales intereses del país.

Y estos son, a grandes líneas, los principios de actuación de las mal llamadas empresas multinacionales, nuevo disfraz del capitalismo, y que exigen una legislación internacional que permita controlar su desarrollo y su actividad de un modo totalmente efectivo. ■ **LUIS ARENAS.**

(8) *Advirtamos que la gravedad del riesgo es más teórica que real, porque las E. M. disponen de excelentes armas para frenar el espíritu nacionalista de los Gobiernos; una de las más poderosas es, sin duda, la manipulación de los precios de transferencia.*

La Capilla Sixtina

PIJOAPARTE, EN MEXICO

A Juan Marsé acaban de concederle un premio de 10.000 dólares en México por su última novela, "Si te dicen que caí". Según los lectores de la obra inédita, se trata de la reconstrucción del ambiente de posguerra en un barrio extremo barcelonés, visto a través de unos niños que siguen la peripecia de la cacería de una buscona con pasado "rojo". Marsé es uno de esos escritores con fantasmas tenaces y sobre todo con un fantasma fundamental: el antihéroe que se ha buscado para marcar las distancias con el mundo de los demás. Ese antihéroe de Marsé se llama "Pijoaparte", y algún día penetrará en la galería de mitos —símbolos literarios, como la representación del marginado de postin, con percha para asomarse al lucerio de la burguesía catalana, a poder ser en esas noches de verbena en las que la alegría que pasa borra las distancias más crueles.

Marsé "Pijoaparte" es un caso muy peculiar dentro de la literatura española. En la frontera de la cultura con mayúscula, Juan Marsé, ex aprendiz a relojero, ex encargado de la buena salud de los conejillos de Indias de los laboratorios de la Sorbona, amigo de casi todos los miembros de aquella espléndida promoción poética de los llamados "sociales catalanes", discípulo literario de Jaime Gil de Biedma, ha dedicado a la novela toda su vida. Ordena sus días y sus noches en función de escribir la novela que lleva entre manos, trabaja en lo que sea con tal de pagarse el lujo de seguir trabajando después en sus novelas. Sólo se le conoce el vicio de algún que otro whisky, y un sano voyeurismo de escote y trasero, inevitable en todo buen hijo de barrio.

Estamos en presencia de un animal narrativo, como el propio Vargas Llosa (por cierto, uno de los jurados que le han dado el premio.) Para Marsé, como para Vargas Llosa, escribir una nove-

la significa entregar a la misteriosa criatura un pozo sin fondo de tiempo. Le abren un crédito de tiempo sin límites, y la criatura va creciendo, dictadora, irresistible, mamando como una bestia de la savia vital que ya "a priori" le han concedido sus autores. Cuando uno se encuentra a Marsé y le pregunta por la novela que lleva entre manos, se inicia una conversación sobre un ser vivo que engorda día a día, al que hay que poner a régimen, o, por el contrario, echar más pienso, a costa de la propia vida del autor. Más que un hijo, una novela de Marsé son sus cien mil hijos, y el autor se convierte en un monstruoso animal con cien mil ubres.

Por lo que sé de esta novela, las ubres nutridoras estaban cargadas de agrio brebaje. El autor ha vomitado todos los fantasmas de su pubertad posbélica y ha escondido en el desván de la memoria la piedad y el miedo. Yo, que he tenido la rara fortuna de haber leído el original, puedo atreverme a decir que estamos en presencia de una obra literaria importante y de un documento excepcional sobre el talante de una época. Una lenta poesía negra acompaña al lector desde la primera palabra a la última, y finalmente, uno se queda cansado y satisfecho, como si también hubiera parido un fantasma horroroso, pero compensador.

A Marsé, esta obra le ha aportado 10.000 dólares, y en el futuro puede reportarle muchos, muchísimos disgustos. Pero también el inmenso gustazo de ser una piedra de toque fundamental para la comprensión de la Gran Pesadilla. Tal vez de eso se trate. El gustazo de que la Historia les absuelva, porque, en definitiva, han sido más fieles con ella que los que cargaron su pluma de distancia e indulgencia.

"Si te dicen que caí"... un hermoso título.

Una hermosa peluca rubia para una terrible calavera.

SIXTO CAMARA